

MARÍA ESTÍBALIZ BENÉITEZ NIETO
Università di Trieste

Dino Buzzati: *La grandeza del hombre*

Ya había oscurecido cuando se abrió la puerta de la oscura prisión y los guardias arrojaron dentro a un viejecito minúsculo y barbudo.

La barba de este viejito era blanca y casi más grande que él. Y en la pesada penumbra de la cárcel emanaba una luz débil, lo que causó una cierta impresión a los granujas encerrados allí dentro.

Sin embargo, a causa de las tinieblas, el viejito al principio no se había dado cuenta de que en aquella especie de espelunca había más gente y preguntó:

« ¿Hay alguien? »

Le respondieron varios gruñidos y risas sarcásticas. Luego, según la etiqueta del lugar, se pasó a las presentaciones.

« Riccardòn Marcello » dijo una voz ronca « robo agravado. »

Otra voz, también un poco cavernosa, afirmó:

« Bezzedà Carmelo, estafador reincidente. »

Y después:

« Marfì Luciano, violencia carnal. »

« Lavataro Max, inocente. »

Estallaron grandes carcajadas. La gracia, en efecto, les había gustado muchísimo, dado que todos conocían a Lavataro como a uno de los bandidos más famosos y sanguinarios. Y a continuación:

« Esposito Enea, homicidio » y en su voz palpó un asomo de orgullo.

« Muttironi Vincenzo » con tono de triunfo « parricidio ¿Y tú, bicho viejo? »

« Yo » respondió el recién llegado « no lo sé muy bien. Me detuvieron, me pidieron la documentación, y yo la documentación nunca la he tenido. »

« Entonces, vagabundo, ¡bah! » dijo uno con desprecio. « ¿Y cómo te llamas? »

« Yo yo soy Morro, ehm ehm... apodado el Grande. »

« Morro el Grande, ésta sí que es buena » comentó uno, invisible, desde el fondo. « Te queda un poco grande un nombre así. Entrás en él diez veces. »

« Así es » dijo el viejito con gran mansedumbre. « Pero la culpa no es mía. Este nombre me lo han puesto por burla, yo no puedo hacer nada. Y encima me acarrea disgustos. Por ejemplo, una vez... pero es una historia demasiado larga... »

« Venga, venga, dispara » lo incitó duramente uno de aquellos mal nacidos « por tiempo no lo hagas. »

Todos asintieron. En el hosco aburrimiento de la cárcel cualquier pasatiempos era una fiesta.

« Bien » empezó el viejito « un día mientras deambulaba por una ciudad que mejor no nombró, veo un palacio grande con un intenso vaivén de sirvientes que entran y salen con todo tipo de manjares. Aquí hay una fiesta, pienso, y me acerco a pedir limosna. Nada más llegar, un mocetón de dos metros de alto me agarra por el cuello. “He aquí el ladrón” se pone a gritar “el ladrón que ayer le robó la gualdrapa a nuestro amo. Y se atreve incluso a volver. ¡Ahora verás, te vamos a romper los huesos!” “¿Yo?” contesto. “Pero si ayer estaba por lo menos a treinta millas de aquí. ¿Cómo es posible?” “Te vi con mis propios ojos, te vi mientras te escabullías con la gualdrapa en los hombros” y me arrastra hasta el patio del palacio. Yo me tiro al suelo de rodillas : “Ayer estaba por lo menos a treinta millas de aquí. En esta ciudad no he estado nunca, palabra de Morro el Grande.” “¿Qué?” dice el energúmeno mirándome fijamente. “Palabra de Morro el Grande” repito. Y él, cabreado como estaba, de repente se echa a reír. “¿Morro el Grande?” dice. “Venid, venid a ver a este bicho que dice que se llama Morro el Grande” y dirigiéndose a mí: “¿Pero tú sabes quién es Morro el Grande?”. “No conozco a nadie más que yo con ese nombre” le contesto. “Morro el Grande” dice el bravucón “no es mi más ni menos que nuestro excelentísimo amo. ¡Y tú, pordiosero, te atreves a usurparle el nombre! ¡Estás apañado ! Pero mira, aquí llega.”

« Ni más ni menos. Atraído por los gritos, el dueño del palacio había bajado personalmente al patio. Un mercader riquísimo, el hombre más rico de la ciudad, quizás del mundo. Se acerca, pregunta, mira, se ríe, el hecho de que un pobretón como yo se llame como él, lo divierte. Le ordena al criado que me suelte, me invita a entrar, me enseña todas las salas abarrotadas de tesoros y me lleva incluso a una habitación acorazada donde hay grandes montones de oro y de piedras preciosas, ordena que me den de comer y después dice:

« “Este caso, oh viejo mendigo que te llamas como yo, es mucho más extraordinario porque también a mí me ocurrió lo mismo durante un viaje a la India. Había ido al mercado a vender y la gente, nada más ver las preciosidades que llevaba, me rodeó para preguntarme quién era y de dónde era. ‘Me llamo Morro el Grande’ les respondo. Y ellos, con cara sospechosa me contestan ‘¿Morro el Grande? ¿Y cuál es tu grandeza, vulgarísimo mercader? La grandeza del hombre está en el intelecto. Morro el Grande hay sólo uno, y vive en esta ciudad. Él es el orgullo de nuestro país y tú, bribón, ahora le darás cuentas de tu jactancia’. Me cogen, me atan y me llevan ante ese Morro del que yo ignoraba la existencia. Era un famosísimo científico, filósofo, matemático, astrónomo y astrólogo venerado como un dios. Afortunadamente comprendió enseguida la equivocación, se echó a reír, e hizo que me dejaran libre, y después me llevó a

ver su laboratorio, su observatorio y los maravillosos instrumentos que él había construido. Y al final me dijo:

« “Este caso, oh noble mercader extranjero, es mucho más extraordinario porque también a mí, durante un viaje a las Islas de Levante, me sucedió lo mismo. Allí me había encaminado hacia la cima de un volcán que pensaba estudiar, cuando un grupo de soldados, recelosos de mis vestidos de extranjero, me detuvo para saber quién era. Y nada más pronunciar mi nombre me encadenaron y me arrastraron hacia la ciudad... ‘¿Morro el Grande?’ me decían ‘¿cuál es tu grandeza, miserable maestrucho? La grandeza del hombre está en las hazañas heroicas. Morro el Grande hay sólo uno. Y es el señor de la isla, el guerrero más valiente que ha hecho brillar su espada al sol. Y ahora ordenará que te decapiten.’ En efecto, me condujeron ante su monarca, que era un hombre de apariencia terrible. Afortunadamente conseguí explicarle lo que pasaba y el espantoso guerrero se echó a reír por la curiosa casualidad, ordenó que me desencadenaran, me donó lujosos vestidos, y me invitó a entrar en el palacio y a admirar los espléndidos trofeos de sus victorias sobre todos los pueblos de las islas cercanas y lejanas. Y al final me dijo :

« “Este caso, oh ilustre científico que te llamas como yo, es mucho más extraordinario porque también a mí, cuando estaba combatiendo en la lejanísima tierra llamada Europa, me ocurrió lo mismo. De hecho, avanzaba con mis soldados por una selva cuando me salieron al encuentro unos rudos montañeses que me preguntaron: ‘¿Quién eres tú para romper el silencio de nuestros bosques con el fragor de tus armas?’. Y yo les dije: ‘Soy Morro el Grande’ pensando que al oírlo se desanimarían. Sin embargo, ellos sonrieron con un gesto de compasión mientras me decían: ‘¿Morro el Grande? ¿Estás de broma? ¿Cuál es tu grandeza, vanaglorioso soldado? La grandeza del hombre está en la humildad de la carne y en la elevación del espíritu. En el mundo hay sólo un Morro el Grande y ahora te llevaremos ante él para que veas la verdadera gloria del hombre’. En efecto, me condujeron a un vallecito solitario donde en una mísera cabaña había, vestido con harapos, un viejito de cándida barba, que pasaba el tiempo, me dijeron, contemplando la naturaleza y adorando a Dios; y sinceramente tengo que admitir que nunca había visto a ningún otro ser humano más sereno, contento y probablemente feliz, pero para mí, en realidad, era ya demasiado tarde para cambiar de vida”.

« Esto le había contado el potente rey de la isla al sabio científico y el científico después se lo había narrado al riquísimo mercader y el mercader se lo había dicho al pobre viejito cuando se había presentado en su palacio para pedir limosna. Y todos se llamaban Morro y todos, unos por una razón y otros por otra, habían sido denominados grandes. »

Ahora, en la tenebrosa cárcel, después de que el viejito acabó de contar su historia, uno de aquellos canallas le preguntó:

«Y entonces, si mi cabeza no está llena de serrín, ¿aquel condenado viejito de la cabaña, el más grande de todos, eras tú? »

« Eh, queridos amigos, » murmuró el barbas sin responder ni sí ni no « ¡la vida es una tómbola! »

Entonces los sinvergüenzas que lo habían escuchado se callaron durante un instante, porque incluso a los hombres más facinerosos ciertas cosas les dan mucho que pensar.